

más extendido entre los diversos pueblos de la isla, disgustado el superior de la misión de los pobres indios, escribía á la reina confesando la inutilidad de su estancia entre ellos á causa de las dificultades del idioma, y le instaba para que decretara su regreso.

Los trabajos de urgencia se ejecutaban, al traves de los contratiempos, gracias á la firmeza de Colon. Hizo salir la guarnicion de Isabel para el interior de la isla á fin de reconocerla completamente, mostrar á los pueblos el estandarte de Castilla, la fuerza de sus súbditos, y adquirir noticias de los yacimientos del oro, de todas las riquezas, de todos los recursos del suelo, y sus comodidades estratégicas.

Esta medida ofrecía á la colonia la ventaja de asegurar sus viveres por más tiempo y acostumbrar á los soldados á la alimentacion de los indígenas. El Almirante envió pues á Pedro Margarit toda la tropa al mando de Ojeda que debia entregárselo para tomar el del fuerte de Santo Tomás.

CAPÍTULO IV.

DIVISION TERRITORIAL DE LA ESPAÑOLA ENTRE LOS CACIQUES.—COLON, PREPARÁNDOSE PARA NUEVOS DESCUBRIMIENTOS, INSTITUYE UN CONSEJO DE GOBIERNO.—PARTE CON TRES CARABELAS.—RECONOCE LA COSTA SUDOESTE DE CUBA.—DESCUBRE LA ISLA DE JAMÁICA.—REGRESO Á CUBA PARA SABER SI DICHA TIERRA ES UNA ISLA Ó CONTINENTE.—DESCUBRIMIENTO DEL ARCHIPIÉLAGO DE LOS «JARDINES DE LA REINA.»—FELICIDAD, PELIGROS Y FATIGAS DE AQUELLA NAVEGACION.—COLON SE DIRIGE Á LAS ISLAS DE LOS CARAIBES, CON INTENCION DE REGISTRAR LAS GUARIDAS DE LOS CANÍBALES Y DESTRUIR SU MARINA Y SUS ASTILLEROS PARA IMPEDIRLES EL IR Á DEVASTAR LAS TRIBUS PACÍFICAS.—ATACADO REPENTINAMENTE DE LETARGIA, LE CONDUCCEN COMO MUERTO Á LA ISABELA.—ARREGLO ENTRE CASTILLA Y PORTUGAL.—TRATADO DE TORDESILLAS.

§ I.

A fin de seguir con facilidad los primeros pasos de los castellanos y las operaciones del Almirante en la Española, indiquemos brevemente su division política y territorial.

En la isla de Haiti, que el Almirante llamó isla Española, reinaban cinco reyes ó grandes caciques, cada uno de los cuales tenia bajo sus órdenes cierto número de señores ó caciques subalternos, especie de grandes vasallos. Esos cinco reyes eran Guarionex, Caonabo, Behechio, Guacanagari y Guayacoa.

Guarionex, salido de la más ilustre raza, tenia por Estados toda la parte Noreste de la isla en la que se hallaba comprendida la magnífica llanura, parte de ella cultivada, que recibió el nombre de *Vega real*. Sin haberle pedido permiso, se levantó en su territorio propio la ciudad de Isabela.

Guacanagari reinaba en el Noreste, desde la Artibonita hasta más allá de Monte-Cristo.

Guayacoa ocupaba la parte oriental más expuesta á los ataques de los caraibes. Sus súbditos, mejor armados que los restantes indígenas, sabian defenderse valerosamente.

Behechio poseía la parte más dilatada de la isla, la que desde Artibonita se prolonga al Oeste hasta el cabo Tiburon, y contiene dentro de sus límites el lago salado de Xaragua, objeto por mucho tiempo de misteriosos cuentos.

Caonabo, « el señor de la casa de oro, » dominaba en la parte montañosa desde las alturas de Cibao hasta el litoral del Mediodía. Ignorábase su genealogía, pero era procedente de raza caraibe. Arrojado á la isla por casualidad le había fijado en ella un amor romancesco. Soldado valiente y afortunado, se había ceñido él mismo la corona. Sus talentos militares habían asegurado su poder. Los reyes, sus vecinos, temían su enemistad y buscaban su alianza.

Cada uno de estos reyes ó grandes caciques contaba con otros caciques secundarios inferiores á él, que eran soberanos de hecho en su distrito particular. Excepto las tribus del Este, expuestas á las incursiones de los caraibes y las hordas del rey guerrero Caonabo, eran los indigenas de un natural dulce y tímido. La belleza del clima, la facilidad de vivir sin trabajar, una apatía hereditaria, una vaga propension al delirio, les hacían insoportable toda fatiga corporal, con tanto mayor motivo cuanto que su alimento, casi exclusivamente vegetal, no les permitía largos trabajos regulares.

Después de haber el Almirante fortalecido al jefe Pedro Margarit con instrucciones admirables (1), comprendiéndolo, previéndolo y aconsejándolo todo; los lugares que debía recorrer, las observaciones que debía hacer, los medios para obtener viveres libremente, administrar justicia entre los naturales, atraerse su cariño y traerles al cristianismo, proveyó á la seguridad de la ciudad que había quedado desguarnecida, y preparó la continuacion de sus descubrimientos, no queriendo que le aventajaran los súbditos de Portugal. Instituyó para que funcionara en su ausencia un consejo de gobierno compuesto del padre Boil, su detractor, de Pedro Hernández, Alonso Sánchez de Carvajal, y de Juan de Lujan, bajo la presidencia de su hermano don Diego Colón. No causará maravilla la elección del padre Boil, si se recuerda que jamás se vengó el Almirante de un agravio; que ante todo consideraba el bien público; y que, á pesar de su disentiimiento con el vicario apostólico, veneraba en él su carácter oficial; por otra parte no podía desconocer su capacidad, y quizás obraba con habilidad dándole en aquellas circunstancias participación oficial en los negocios de la Colonia.

(1) Esta instrucción, en todo admirable, cuyo texto poseemos, documento precioso que figura con el número LXXII de la *Colección diplomática*, es sin embargo, el objeto particular de los ataques de la filantropía protestante.

§ II.

De los cinco buques que habían quedado en el puerto de la Isabela escogió el Almirante las tres carabelas de menor calado, que eran: la *Niña*, el *San Juan* y la *Cardera*, montadas por tripulaciones que le eran conocidas. El patron de la *Niña* era Alonso Medel, de Pálos. Sus pilotos, sus marineros y hasta los grumetes eran de Pálos ó de sus cercanías. La *Cardera* era de propiedad de un hombre de Pálos llamado Cristóbal Pérez Niño. El *San Juan* si bien tenía sin embargo por patron un marino de Málaga, llamado Alonso Pérez Roldán, la tripulación la formaban también marineros de Pálos, Moguer ó de los alrededores. Todos estos marineros conocían de mucho tiempo al Guardian de la Rábida. Habían presenciado el desembarco triunfal de Colón y le seguían con mucha confianza al descubrimiento.

El Almirante izó su pabellón á bordo de la *Niña*, el pequeño buque que le había vuelto á Europa, y cambiando su nombre, le llamó *Santa Clara*, en memoria de la primera hija de la Orden Seráfica. Traía consigo un estado mayor poco numeroso, pero escogido: el astrónomo, fray Juan Pérez de Marchena; el primer médico, doctor Chanca; un padre de la Merced que instaló como capellán del buque; el piloto geógrafo, Juan de la Cosa; el piloto Francisco Niño; el notario real Fernando Pérez de Luna, Ximénez Roldán, y el fiel escudero Diego Méndez. Además de los marineros de su casa, contaba con los oficiales que eran intrépidos marinos, y doce marineros de primera clase.

El 24 de abril salió el Almirante del puerto de la Isabela, y se dirigió hacia el Oeste. Dejó caer el ancla delante de las posesiones de Guacanagari, creyendo que el Cacique saldría á encontrarle y que reanudaría sus antiguas relaciones. Lo deseaba tanto más, cuanto su munificencia hospitalaria podía ser de grande auxilio para los colonos amenazados de escasez de viveres; pero al ver las carabelas se internó Guacanagari en los bosques. Este apartamiento confirmó una vez más la prevención difundida contra él; sin embargo el Almirante no le condenó todavía. Quizas había temido el Cacique que se le disputaría el tesoro de su corazón, la arrogante Catalina cuya salvaje belleza habían notado los mismos españoles, y había ido á ocultarla en la profundidad de sus bosques.

Con vientos inconstantes volvió el Almirante á hacerse á la vela el día siguiente. Finalmente, después de cuatro días de hábiles maniobras, dobló el cabo que en su primer viaje había llamado Alfa y Omega, y que hoy se llama Maysí. Después, gobernando al Sud, penetró hábilmente en el puerto seguro y espacioso de Guantánamo. Habiendo desembarcado con el estado mayor y el intérprete Diego

Colon, se encontraron en medio de los preparativos de un copioso festin, delante de hogueras abandonadas, en las que habia abundancia de peces, hutias é iguanas. Los españoles se alegraron del feliz hallazgo, porque se proveyeron de viveres frescos. Los indigenas se habian ocultado al aproximarse aquellos. Descubriéronse unos setenta que estaban en observacion en un montecillo, y á fuerza de señales benévolas decidieron á uno de ellos á que se acercara. Fácilmente pudieron tranquilizarle, porque el idioma lucayo era mejor comprendido en aquella costa que en la Española, y sus compatriotas acudieron muy luégo solícitos y curiosos. Preparaban para su Cacique el primer plato de una comida que debia dar á uno de sus vecinos, y cocian el pescado á fin de preservarlo de la corrupcion durante el camino. Los españoles se apoderaron alegremente de aquellos viveres diciéndoles que con la pesca de la noche venidera reemplazarian aquella pérdida; pero Colon no quiso aprovecharse de su trabajo, y les distribuyó algunos insignificantes objetos de Europa que les llenaron de alegría. Al despedirse los marineros y los indigenas, se dieron sendos apretones de manos (1).

El dia siguiente continuó el Almirante hácia el Oeste sin apartarse de las costas que observaba con cuidado. Seguian detras de sus buques multitud de canoas llenas de indios que iban á ofrecerle frutas, pan de yuca, peces y calabazas llenas de excelente agua. Como los demas insulares les creian bajados del cielo. El Almirante les distribuyó cascabeles y campanillas, que estimaban como de valor indecible. Al preguntarles por el país de dónde sacaban el oro, contestaban señalando el Sud. Colon se dirigió allá.

El domingo, al rayar el dia, al traves de la límpida atmósfera de aquellas latitudes donde la vista alcanza una extension inmensa, vió asomar las azuladas cimas de elevadas montañas: era la Jamáica, á donde sin embargo no llegó hasta despues de todo un dia de navegacion. La isla les pareció á todos de maravillosa belleza.

Miéntas se acercaban á la playa, salió de los umbrosos puertos, para oponerse al desembarco, una escuadrilla de grandes canoas de guerra, montadas por combatientes pintorroteados de varios colores, y adornado su jefe con plumas, blandiendo sus armas y lanzando gritos amenazadores. Algunos regalos calmaron su ira, y fué echada el ancla en un puerto que el Almirante llamó «la Santa Gloria,» por lo delicioso de aquel paisaje enriquecido por la naturaleza, cuya contemplacion producía en su alma cierto entusiasmo que parecia tener algo de los puros goces de los predestinados. Dirigióse despues á un lugar conveniente para la carena, por

(1) «Ita dextris in amicitiam junctis, ad sua quisque proficiscitur.» — Petry Martyris Anglerii. *Oceanae decadis*, liber tertius, fól. 8, § D.

haberse descubierto que la *Niña* hacia agua; y salió otra escuadrilla que amenazó tambien disputarle la entrada. Á pesar de los gritos salvajes y las flechas lanzadas contra las carabelas, ancló el Almirante en aquel sitio que llamó el «Buen puerto.» Sin embargo, necesitando tranquilidad para la carena y la aguada, creyó útil mostrar á los indigenas que no se les temía, por cuya razon las lanchas bien armadas bogaron hácia la playa. Despues las tripulaciones desembarcaron, y haciendo una descarga con sus ballestas, hirieron á siete ú ocho de los adversarios. Un perro se agregó á la partida, y completó la derrota persiguiéndoles por detras miéntas huían (1). Los Caciques de los alrededores enviaron, el dia siguiente, á pedir la paz; despues llegaron, cargadas de provisiones, algunas canoas cuyas popa y proa estaban adornadas con esculturas coloreadas. Aquellas embarcaciones formadas de una sola pieza, alcanzaban colosales proporciones. La que midió el Almirante era larga de noventa y seis piés y tenia ocho de ancho. La cualidad de los viveres era mejor en esta que en las demas islas; las frutas tenían más agradable sabor, y las plantas despedían más aroma.

El Almirante tomó posesion de la isla segun la forma acostumbrada; levantó en ella la cruz con las preces usadas, y poniéndola bajo la proteccion del Apóstol de las Españas, le dió el nombre de Santiago. Terminóse en tres dias la reparacion de la carabela, y despues de haber seguido Colon la costa en una extension de veinte y cinco leguas sin hallar el menor indicio de oro, mandó gobernar hácia Cuba, para saber finalmente si aquella tierra era isla ó continente: pensaba resolver la cuestion cuando hubiese seguido sus costas en una extension de cincuenta ó sesenta leguas más de las ya recorridas.

El 18 de mayo descubrió un cabo avanzado que llamó Santa Cruz. La costa que hasta allí se extendía al Oeste, formaba bruscamente un ángulo inmenso, y se dirigía al Norte. Una tempestad recia como jamas ningun europeo la hubiese visto en aquellos climas les puso en gran riesgo. Cuando hubo calmado, se encontraron en medio de escollos á flor de agua, de islotes y cayos, entre los cuales caminaron una legua guiados visiblemente por la Providencia. Era aquello un laberinto formado por infinito número de pequeñas islas, bajas y arenosas unas, elevadas y verdes otras, y de aspecto risueño todas. En la imposibilidad de darles un nombre á cada una en particular, las llamó Colon colectivamente *los Jardines de la Reina*. Sus oficiales le suplicaban que abandonaran aquellas aguas, donde no era ménos difícil retroceder que adelantar. Á cada instante se corria el riesgo de varar. Las

(1) El increíble éxito obtenido por ese perro que fué allá por su antojo, cuyo instinto batallador le impelió naturalmente contra los fugitivos, hizo nacer la idea de emplear aquellos animales como auxiliares en la guerra contra los Indios.